

EL PROYECTO NACIONAL DE FRANZ TAMAYO

Blithz Lozada Pereira

La Paz, martes 16 de octubre de 2018

Dra. Beatriz Rossells Montalvo, docente investigadora del IEB

Dra. Pilar Mendieta Parada, docente de la Carrera de Historia

Señores investigadores presentes en este evento

Univ. Alejandro Mérida Luján, egresado de la Carrera de Historia

Estimados docentes, estudiantes; señores y señoras:

En esta exposición analizo cómo especialmente en los 55 editoriales de Franz Tamayo publicados en 1910 en el periódico *El diario* y conocidos posteriormente en conjunto como *Creación de la pedagogía nacional*, se encuentra una concepción del escritor paceño de la realidad boliviana y una proyección de su futuro; es decir, se encuentra con propiedad, el proyecto político *nacional* del pensador.

En las dos primeras décadas del siglo XX se produjeron hechos sociales, políticos y culturales en Bolivia que tuvieron notable incidencia cambiando el mundo anterior y cuyo impacto se prolongó por largo tiempo. Los veinte años del Partido Liberal consumaron la derrota del conservadurismo, la debacle del poder oligárquico del sur del país, la pérdida del poder de la Iglesia y el cuestionamiento a que se continúe ignorando las contradicciones profundas de la sociedad tradicional. La Revolución Federal concentró el poder en la ciudad de La Paz constituyendo un nuevo núcleo de decisión de la vida nacional, fue la victoria ideológica y política del liberalismo que marcaría el destino del país, influyendo de varias formas sobre los intelectuales de la época, incluido Franz Tamayo.

Hacia fines del siglo XIX, ya era evidente en Bolivia una ideología liberal con enfoque positivista del hombre, la política y la historia. Sostenía que el Estado debía abandonar la función de vigilante del orden que favorecía a la oligarquía sureña, se separaría de la Iglesia e impulsaría en las ciudades, la libre empresa y la iniciativa privada. El discurso liberal proyectaba un mundo moderno con características específicas: la ilimitada explotación de los recursos naturales y

el fortalecimiento de las clases que emergían con poder, permitiéndoles satisfacer sus demandas y sus caprichos europeizados. Pero, en lo que concierne al mundo rural, el orden social debía preservarse sin modificar la estructura creada por la colonia española.

El viejo mundo colonial y conservador creó un país sin manufactura, caminos ni actividades económicas de auto-sustento. Bolivia tenía a inicios del siglo XX, un millón setecientos mil habitantes, de los que el 60% eran indios que vivían en las haciendas en condición de “pongos” (más de un millón de personas), siendo víctimas de un régimen semi-feudal que los explotaba y humillaba. Solo el 7% de la población (120 mil personas) tenía instrucción primaria y la base de sustentación de la oligarquía se daba gracias a la explotación intensiva de la plata, la goma y la castaña, aun en condiciones precarias. Pese a que las clases dominantes del sur fueron desplazadas por la oligarquía paceña emergente, no hubo cambios significativos en la organización del trabajo ni en el uso de la tecnología; siendo recurrente la sobre-explotación de los indios en las minas, antes de plata y después, en los enclaves que formarían las baronías del estaño.

El liberalismo arremetió contra el pensamiento conservador y contra las supuestas rémoras ideológicas decimonónicas. Según su programa, Bolivia se encaminaría hacia la construcción de una sociedad libre de los sermones y del poder clerical, promovería un vigoroso pensamiento capitalista y una educación laica. Los gobiernos liberales resquebrajaron la hegemonía católica, dieron amplias libertades al culto protestante, suprimieron las penas por delitos contra el catolicismo, establecieron el matrimonio civil obligatorio y anularon el servicio doméstico de los indios en las parroquias. También suprimieron el “fuero eclesiástico”, establecieron las bases para el divorcio absoluto y dieron voto a militares y sacerdotes. A pesar de que el triunfo de la Revolución de 1899 fue posible por la alianza de las clases medias con los campesinos aymaras y quechuas que tuvieron protagonismo, el beneficio político se restringió solamente para las elites paceñas, teniendo el país que pagar el mayor costo de la visión liberal.

Pregonando la noción positivista de “armonía social y política”, los liberales llevaron a cabo una política exterior de soberanía absurda denominada “redefinición geográfica de Bolivia”. Buscaban “consolidar” con tratados internacionales, las pérdidas territoriales especialmente de la Guerra del Pacífico de 1879 y de la Guerra del Acre de 1902.

Gracias a la política de “redefinición geográfica de la República”, Bolivia legalizó diplomáticamente la pérdida de más de 720 mil Km² equivalente a casi

la mitad de su territorio respecto a su extensión verificada en 1825. En 1903, José Manuel Pando suscribió el Tratado de Petrópolis por el que a cambio de dos millones de libras esterlinas, Bolivia cedió a Brasil 190 mil Km² del Acre. En 1904, Ismael Montes suscribió el Tratado de Paz y Amistad que reconoció la soberanía chilena sobre 120 mil Km² del Litoral a cambio de un ferrocarril y trescientas mil libras esterlinas. En 1909, Eliodoro Villazón selló la pérdida de 250 mil Km² de territorio a favor de Perú tanto de la cuenca amazónica como del norte del lago Titicaca. Finalmente, en 1904 y 1911, las pérdidas con Argentina sumaron 160 Km² gracias a la Convención de Rectificación de Fronteras.

La política exterior liberal favoreció para que especialmente en la tercera década del siglo XX el imperialismo británico fuese desplazado por el imperialismo norteamericano, supuestamente para generar nuevas inversiones mediante la adquisición de materias primas baratas, la ampliación del mercado de consumo, la colocación de empréstitos con altos intereses, el dominio del crédito y el control de los servicios.

El padre de Franz Tamayo, miembro prominente del Partido Conservador, defendió la fe y el pensamiento de la Iglesia católica. Don Isaac Tamayo fue un apologeta del latifundismo hegemónico que en su programa político ensalzaba a los indios de hacienda porque los consideraba la base social sólida de un régimen de tenencia de la tierra que establecía la propiedad de la mitad cultivable concentrada en pocas familias.

En suma, para la comprensión adecuada del programa político de Franz Tamayo es recomendable tener en cuenta, la afinidad ideológica de su padre con el conservadurismo, el encono que su familia latifundista sentía contra el liberalismo y la actitud paternal de la clase gamonal hacia los indios, que políticamente podría haberse expresado inclusive con los rasgos de cierto elitismo indianista.

Por lo demás, Franz Tamayo vivió un tiempo de acontecimientos críticos de la historia de Bolivia con situaciones políticas y sociales intensas, importantes definiciones ideológicas y significativos cambios culturales. Nació el año de la confrontación bélica con Chile, en 1879, y a lo largo de sus 77 años de vida, mostró el talante de un protagonismo político, intelectual y literario incomparable que le permitió brillar con soltura y profundidad, con intensidad y magnificencia en cada escenario donde desplegó una personalidad poliédrica y una cultura oceánica.

Sus posiciones políticas e ideológicas fueron inquebrantables; la calidad de su pensamiento erudito, inverosímil; la claridad y energía de sus posiciones, envidiable; su estilo polemista y de confrontación, devastador; sus intereses personales estuvieron siempre comprometidos incondicionalmente con la visión romántica del país que expreso de varias formas; el valor de su lírica constituye el máximo esplendor de nuestra literatura, teniendo la versatilidad de su obra un valor inigualable con un resplandor indeclinable, más aun por la formación autodidacta que desplegó desde su niñez.

Pese a que Franz Tamayo colaboró con el liberalismo, a lo largo de su vida expresó críticas, propugnó reformas y mostró una actitud de condena a las prácticas de los políticos bolivianos. Residiendo en París fue nombrado a los 22 años, representante de Bolivia ante el Comité Internacional de Estudiantes. El liberalismo le delegó para que gestionara un arbitraje internacional que permitiría al país enfrentar el cercenamiento marítimo por la Guerra del Litoral. Posteriormente en 1919, fue candidato a la Presidencia de la República por el Partido Radical fundado por él mismo. Por lo demás, tanto en sus actuaciones parlamentarias como en la labor de periodista, sea en los dos periódicos que creó y dirigió, *El fígaro* y *El hombre libre*, o sea en otros medios de comunicación, invariablemente criticó a todos: a los liberales y “puritanos”, a los “doctrinarios” y a los “unionistas”.

La intensidad de sus posiciones generó inevitablemente críticas que tendían a minimizar su valor y a demeritar sus expresiones. Estas reacciones se dieron, sin duda, por la autoridad moral de sus manifestaciones, la fundamentación erudita de sus visiones ideológicas, el estilo *sui géneris* de su personalidad y por la energía evidenciada en los gestos de sus actuaciones públicas. También el carácter radical de sus tesis y cómo Tamayo presentaba y defendía sus juicios dieron lugar a ataques en su contra. Sin embargo, él mantuvo persistentemente un lenguaje recio, maniqueo, absoluto e impermeable, sea sobre temas políticos polémicos que asumía que se habrían dilucidado gracias a su discurso, o sea sobre temas que su lenguaje expresase con inspiraciones líricas de innegable valor estético.

Los 55 editoriales que Franz Tamayo escribió cuando contaba 31 años de edad, publicados por el periódico *El diario* durante siete semanas desde julio hasta septiembre de 1910 y que con posterioridad fueron reunidos con el título de *Creación de la pedagogía nacional*, son aquí la base para la interpretación del proyecto *nacional* del pensador paceño; en especial, por la profundidad de sus afirmaciones y porque él mismo indica que evidenciarían su “filosofía de la historia”. Naturalmente, existen otros escritos de Tamayo que podrían inter-

pretarse para colegir su concepción política y las proyecciones de su pensamiento, sin embargo, por ahora es suficiente la comprensión de los editoriales referidos.

El primer tema es sin duda, el *racismo* de Tamayo. En varios editoriales, el autor afirma que la Colonia “demostraría” de modo incontestable que la *raza ibérica* nunca fue superior a las razas americanas que conquistó y colonizó. Aparte de las objeciones respecto del contenido sesgado de la noción de *raza*, sin duda resulta curioso el empleo del concepto de “superioridad racial” en Tamayo. Al contrario de la noción usual de que las colectividades que triunfarían en el brutal enfrentamiento de conquista serían las *razas* “superiores”, contra la idea de que tener poder implicará someter y dominar en la historia, Tamayo establece la relación al revés. Si es que Friedrich Nietzsche habría influido en el pensamiento de Tamayo, en este punto lo habría hecho de forma invertida. La crítica del filósofo alemán a que el cristianismo transmutó los valores otorgando a los débiles, sometidos y pobres, la superioridad moral solo por su sufrimiento, se trataría cabalmente de lo que hizo Tamayo. Los perdedores, los conquistados, los colonizados, los sometidos, los explotados, los oprimidos, los humillados, los vencidos y *los de abajo* serían “superiores” a quienes les habrían sometido; “superiores” a los vencedores, a los conquistadores, los colonizadores, los explotadores, los dominadores y a *los de arriba*.

Es curioso que la “raza ibérica”, conquistadora y colonizadora, la que sometió a los imperios de centro y sud América sea para Tamayo, “inferior” a la *raza* del indio. *Inferior* por crear sufrimiento y destruir la vida, por no resistir físicamente al mestizaje que sobrevino durante la Colonia, porque no impulsó rasgo intelectual ni moral alguno de los pueblos conquistados, y porque en lugar de reconocer y auspiciar, aplastó sañudamente la calidad del pensamiento indígena, su radiante energía física y sus supuestas condiciones morales magníficas. De aquí se colegiría que el proyecto nacional de Tamayo representa a contrahío de la “moral de señores”, la transmutación de los valores en pos de una “moral de esclavos”. Retaliación: la reacción por la negativa de la raza de los humillados.

Pero, discursivamente, ni las derrotas históricas ni la ignominia secular que mordieron los indios, tendrían relevancia para Tamayo. En su visión de poder no estaría en juego el dominio, la guerra, la muerte, la explotación ni la sangre; sino quién triunfaría en el *mestizaje*. Pese a los gritos de pavor y el reino de muerte en los campos de batalla, pese a la imposición de leyes coloniales para el placer, la riqueza y la servidumbre del vencedor; con una alta dosis de abstracción metafísica, el pensador paceño afirmó que el *cruzamiento* conver-

tiría al vencido, al ultrajado, al explotado y al *pongo* en el nuevo “vencedor” de la historia. Así, la emergencia del mestizo, fruto de la violación y condenado también a la servidumbre, anunciaría la “revancha histórica” del indio, tanto mayor cuanto más prevaleciese en el mestizo la sangre no contaminada del indio.

En suma, es inocultable que en verdad, en el proyecto de nación de Tamayo, resuene el terror oligárquico a los excesos de los indios cuando la memoria enfoca la Revolución Federal; paradójicamente también es críptico el regocijo del pensador porque en el codo de dos siglos la clase sureña poderosa e explotadora fue acorralada y humillada. Por otra parte, es incontestable que se esconda la revancha del intelectual ignorado, anhelante sin embargo, de reconocimiento social y su profunda frustración por la imposibilidad material de dirigir a las huestes de las que se proclamaba hijo suyo. Así, el programa político del pensador paceño se desplaza de las derrotas en el campo de batalla, de la raza vejada y sojuzgada, a una verdad oculta y metafísica: una victoria excelsa por tratarse de la raza *más* fuerte, la *más* enérgica, la *más* vital, la *más* poderosa y, en definitiva, la raza *superior* a la raza que la venció. En medio de los *impasses* de un discurso poco coherente emergería una filosofía de la historia reivindicativa políticamente del *triumfo de los vencidos*, añorando el deseo imposible del doble reconocimiento negado: Franz Tamayo no pudo constituirse ni en portavoz de la oligarquía emergente ni en líder de los indios.

El grado mayor de especulación tamayana lo alcanzó con sus reflexiones filosóficas sobre el núcleo de la filosofía de la historia del autor, y por lo tanto, de los proyectos políticos concomitantes implícitos en su obra. Se trata de los rasgos raciales de la *persistencia* y la *resistencia* que, obviamente, el pensador paceño atribuye de manera potente e inequívoca a los indios. Ambos componentes serían la fuerza propia que el medio telúrico habría generado en una raza con rasgos corporales propios, con virtudes morales indeclinables y con virtudes intelectuales inequívocas. El grado alto de especulación filosófica se constata en la argumentación a la que recurre el pensador con una irresuelta petición de principio: Justifica la superioridad del indio refiriendo su supuesta alta energía racial formada, al parecer, por la influencia del medio ambiente; en tanto que el entorno perfecto de tal raza privilegiada aunque derrotada, sería *superior* a cualquier otro.

Que el indio sea *persistente* respecto de sí mismo y *resistente* a su contexto y a los otros, es la argumentación tamayana de su “superioridad” racial. Su visión de la historia es unilateral y autorreferencial con frecuentes alusiones a la energía india y a ejemplos rebosantes de prejuicios sobre héroes y villanos;

haciendo radicar el “carácter nacional” en la supuesta energía racial presente también aunque impura en el mestizaje. De tan prolíficas especulaciones filosóficas enunciar que existan leyes históricas y biológicas que relieves a alguna raza, fue el siguiente paso en el camino del pensador paceño alisado por un programa político elitista, racista, retrógrado, paternal, inviable e idealista.

La *persistencia* del indio implicaría, por otra parte, su carácter conservador. Siendo parte de la *mística de la tierra* -denominada así por Guillermo Franco- vich- Franz Tamayo defendió una idealizada identidad inmovible, afirmando el núcleo duro de la supuesta energía atribuida cómodamente a “su” raza, con descripciones pretendidamente *sociológicas*.

El indio aparece en la *Creación de la pedagogía nacional* como el principal guardián de sus costumbres, métodos, tradiciones, lengua y dieta. Constructor libre de sus normas, se regiría por ellas espontánea y plenamente. Dueño y señor de sí mismo, soportaría la hostilidad y las amenazas seculares indeclinables de su destrucción; pero *persistiría* como raza poderosa, superior en lo corporal y moral. Morfológica y corporalmente persistiría en la prueba racial más dura: el cruzamiento. Moralmente, Tamayo creía en la perennidad de la dinámica cultural aymara, la práctica de su voluntad y la genuinidad de sus intenciones y acciones; de modo que la persistencia permitiría la poderosa afirmación y conservación de su energía.

Cruzándose con cualquier otra raza, según el pensador paceño, persistirían los rasgos físicos del indio hasta la tercera o cuarta generación híbrida —es decir, nietos y biznietos-. Las facciones, la estatura, el color y las proporciones de los hijos de un blanco y una india, por ejemplo, evidenciarían la “perfecta derrota del blanco”, serían rasgos indios mostrando en último término, el destino biológico de las razas: Unas destinadas a “reinar” sobre otras, las *fuertes* sobre las *débiles*.

La imagen idealizada del indio motivó a Tamayo a especular sobre la *resistencia* como segundo rasgo racial. El indio sería culturalmente impermeable permaneciendo encuevado ante cualquier influencia foránea. Su alma se replegaría fortaleciendo la identidad del modesto minero, labrador, viajero de a pie, albañil, zapador militar y soldado. La *resistencia* se advertiría también en su inquebrantable moral, su salud espléndida -diez veces superior a la del blanco- y en la ausencia de enfermedades como la tuberculosis, la escrofulosis y las artritis polimorfos que aquejarían a los europeos.

Gracias a la resistencia y pese a que el Estado boliviano no haría absolutamente nada a favor del indio –ni siquiera vacunar a los niños contra la viruela o la difteria- el indio habría dado todo de sí por la nación boliviana en medio de su intemperie y pobreza. Su fuerza física y moral, sus hábitos de consumidor frugal, de persona que se basta a sí misma ayudando a los demás, le habría permitido soportar a los blancos siendo testigo de su decaimiento. En suma, en el extremo de la visión política tamayana, en cuanto prevaleciese en el mestizo el mayor vigor indio –pese a la disipación y empobrecimiento de la energía original- sería auspicioso esperar un futuro político expectable para la nación boliviana.

En los editoriales del 26 y 27 de agosto, el pensador paceño enfáticamente aseveró que el indio tendría una moral superior a la del mestizo y del blanco. La raza indígena sería incomparable con cualquier otra: nunca perjudicaría al prójimo. Diferenciándose de mestizos y blancos, el indio acentuaría su personalidad coordinando sus actos con el pensamiento, obraría siguiendo principios racionales, con sentimientos profundos de justicia, equidad y amor: sería su propio amo rebasando todo interés personal en beneficio de los otros. Esta idealización romántica que definiría a la *raza* india de modo circular todavía sigue desarrollándose.

Las virtudes morales del indio, su ordenada salud corporal y su trabajo desde infante hasta muy viejo, lo harían incapaz de mentir. Erradicarían toda maldad de su cargada existencia, respeto mutuo entre padres e hijos, fidelidad conyugal, sobriedad para comer, medida en los discursos, paciencia secular, heroica seriedad en tratos y contratos, respeto a la palabra y la ley, reverencia a la tradición y repudio a la chacota en un deslumbrante despliegue de veracidad, mansedumbre e inocencia.

El paternalismo idealista de Tamayo que hace de su proyecto nacional un programa elitista desde arriba, se justificaría en la supuesta inteligencia restringida del indio. A diferencia de los blancos “parásitos” -diputados, ministros, jueces, poetas, profesores, curas e intelectuales- las virtudes del intelecto indio lo harían un ser simple, recto y exacto. Aparte de que en este punto surgiría la pregunta de ¿cómo justifica Tamayo su propia *raza* india si la considera intelectualmente limitada?, el pensador paceño afirma que frente al populacho blanco y mestizo, existirían centenares de “pruebas” de la superioridad racial del indio: Por ejemplo, su increíble honestidad, la ausencia de policía para que cumpla su palabra y el entorno de seguridad y paz que brindaría al blanco en la campaña. Recíprocamente, respondiendo a ideas oligárquicas como las expresadas en *Pueblo enfermo* de Alcides Arguedas -obra que se publicó por

primera vez en 1909 en Barcelona- Tamayo dice que sería una vil calumnia acusar al indio de alcohólico.

Lo único que acepta es que a los indios urbanos, los blancos y mestizos les habrían inducido a beber “como bestias”, contagiándoles la cobardía, la mala fe, la malicia y la pereza. Según su visión romántica e idealista, los indios del campo mantendrían su frugalidad con casi ninguna satisfacción, haciendo gala de gran despliegue de vigor y a pesar de la desproporción inédita entre su pobre alimentación y el trabajo desplegado siempre mal recompensado. Naturalmente, aquí el proyecto nacional tamayano aparece como regresivo: añora volver a un pasado idílico que nunca existió en el que el indio viviría con pocos placeres y sin vicios.

En suma, tal proyecto nacional focaliza en el indio la voluntad originaria y la energía vital que el mestizo proyectaría y que el blanco reconduciría reparando parcialmente el contagio moral nocivo que provocó. En su expresión romántica máxima, Tamayo dice que el blanco debería impregnarse de las virtudes morales e intelectuales de los indios y consolidar una “conciencia nacional” que despierte la energía dormida de la raza realizando sus potencialidades con la certeza consciente de querer hacerlo.

Pero, a pesar de las especulaciones filosóficas del pensador paceño, hoy no es aceptable que la *energía* se sustente en la raza india y sea la base de un proyecto político nacional. La propia noción de “raza” es arbitraria y sesgada, más por las múltiples, eclécticas e inconsecuentes influencias plagadas de contenidos místicos, gestos románticos y ademanes estéticos muy trabajados. Pese a la notoria fuerza teórica, la influencia clásica y las intenciones de valor *científico*, hoy más que nunca se conocen los riesgos y los efectos nefastos de los discursos racistas. Y a pesar de que el temperamento, la personalidad, las condiciones sociales, los contenidos ideológicos, la experiencia personal, los prejuicios de clase y sus motivaciones permitirían comprender la vida de Tamayo, no se puede prescindir de la notable influencia sobre la actualidad, de su visión *racista* de Bolivia.

Que el pensador crea que la identidad boliviana deba construirse contra un perfil individual y colectivo de enclaustramiento, inferioridad y victimismo, producto de las conquistas y las usurpaciones sucesivas desde la Colonia española hasta la tragedia del Chaco; no carece de interés social, político e ideológico. Así, todavía hoy resuena el imperativo de que el boliviano sea una persona que sepa lo que quiere y que sea capaz de juzgarse.

¿Cómo es posible comprender el racismo de Tamayo y cómo cabría valorarlo? Que su proyecto nacional sea una filosofía *de la historia* dedicada a *formar* la conciencia nacional, solo adquiere sentido en la medida en que los indios sean considerados los depositarios de una energía invencible. Solo con una fuerte dosis de prejuicios es posible representarse el pasado como una retro-visión idealizada plena de romanticismo. Solamente partiendo de una actitud mística postmoderna cabe creer en la utopía de regresión volviendo a un mundo que nunca existió. Tal *proyecto* podría parecer inocuo, pero habiendo personas que crean en tales ilusiones, el riesgo de una “guerra de razas” no es inviable, en tanto que la manipulación de los reclutas entusiastas en la “lucha mesiánica de sangres” se ha convertido en una provechosa instrumentalización política para el crimen.

Aunque Tamayo no haya tenido la intención, sus palabras no fueron inocentes. A pesar de su actitud paternal como formador de los indios, pese a su intención de conducir a los mestizos para beneficio de la patria, sus ideas contuvieron tempranamente, el germen de la furia racial. Aunque refiera la simplicidad de la vida del pescador, del apacentador de rebaños y del eterno servidor personal, a pesar de que idealice su autosuficiencia, autonomía y carácter autodidacta, el discurso del escritor despertó el odio y la retaliación; más cuanto se mantendría la ley biológica del indio: irrumpir con un proyecto nacional de corte *racista* proyectando la fuerza real, primitiva y material de la raza que dé sentido a la *nación*.

GRACIAS